

Stgo 12/1/72

INSTRUCCION. RECREO. MORALIDAD.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

- Madrid.
- Toledo.
- Ciudad-Real
- Cuenca.
- Guadalajara
- Zaragoza.
- Huesca.
- Teruel.
- Barcelona.
- Tarragona.
- Lérida.
- Gerona.
- Valencia.
- Alicante.
- Castellón.
- Murcia.
- Albacete.
- Córdoba.
- Jáen.
- Granada.
- Almería.
- Málaga.
- Sevilla.
- Cádiz.

- Huelva.
- Badajoz.
- Cáceres.
- Leon.
- Salamanca.
- Zamora.
- Oviedo.
- Burgos.
- Valladolid.
- Palencia.
- Ávila.
- Segovia.
- Soria.
- Logroño.
- Santander.
- Alava.
- Gipúzcoa.
- Vizcaya.
- Coruña.
- Lugo.
- Orense.
- Pontevedra.
- I. Baleares.
- Navarra.

VIAJE
 HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO,
 RECREATIVO Y PINTORESCO.
 HISTORIA POPULAR DE ESPAÑA
 EN SU PARTE GEOGRÁFICA, CIVIL Y POLÍTICA,
 PUESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS
 Y DE TODAS LAS INTELIGENCIAS.

VIAJE RECREATIVO Y PINTORESCO

ABRAZANDO:

las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.

OBRA ILUSTRADA

CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

REPRESENTANDO:

los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos.

Y ESCRITA

EN VIRTUD DE LOS DATOS ADQUIRIDOS EN LAS MISMAS LOCALIDADES

por

UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.



BARCELONA:
 IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
 DEL HEREDERO DE D PABLO RIERA,
 calle de Robador, n.º 24 y 26.
 1872.

ISLA DE CUBA.

ISLAS CANARIAS.

PUERTO-RICO.

FILIPINAS.

FERNANDO POO.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY DEPARTMENT

1875

1875

Sus gentes iban delante buen trecho, y no se apercibieron de la falta de su señor hasta que llegaron á Alcalá.

Creyeron que tal vez se habria quedado en Guadalajara, y esperaron confiadas en verle aparecer de un momento á otro.

Mas como transcurrieron los dias y nada sabian de él, enviaron mensajeros que tropezaron en el camino con los que Garcí Perez, conocida ya la persona de Alfonso Hurtado de Mendoza, enviaba, participando á sus deudos y amigos el percance que le aconteciera.

Su herida, entretanto, caminaba rápidamente á su curacion.

Garcí Perez habia advertido la preocupacion de su hija, su abatimiento y la palidez de sus mejillas, mas no pudo sospechar que la causa naciese del amor que la inspirara el caballero.

Crejó, sí, que las vigiliás y los cuidados que le prodigó habian alterado su salud, y prohibiéndola terminantemente que pasase mas noches velando al herido.

Mas no sospechaba que Aldonza en su cámara sufria tanto ó mas que en la de Alfonso.

Si sus ojos se cerraban veia en sus sueños aquel gallardo caballero que, inerte en el suelo, fijaba en ella una mirada de cariño, diciéndola con voz débil: «sois un ángel, señora,» frases que, como recordarán nuestros lectores, fueron las primeras que pronunció el herido al volver en sí.

Cuando este pudo abandonar el lecho, su primer deseo fue dirigirse á visitar aquella misma fuente donde estuvo á punto de perder la vida.

Quizás en su corazon se agitaba tambien la misma llama que abrasaba el de Aldonza.

Porque precisamente el objetivo de los paseos de esta eran tambien la misma fuente.

Y las miradas del doncel buscaban siempre las de la niña, y para ella reservaba las mas suaves inflexiones de su acento y las frases mas galantes y seductoras.

Y llegó el momento en que Alfonso, restablecido completamente, se dispuso para partir.

El monarca de Castilla iba á llevar la guerra á Portugal, y Alfonso debia acompañarle.

Cuando tal nueva escuchó Aldonza, estuvo á punto de caer al suelo desvanecida.

Y sola en su estancia dejó correr ardientes lágrimas que apenas bastaban á desahogar su afligido corazon.

Aquella tarde, como tantas otras, se dirigió hácia la fuente donde habia encontrado al herido caballero.

Placiale á su corazon visitar los lugares donde estaba tan fresco su recuerdo.

Breves instantes hacia que se encontraba en este sitio, cuando un lijero rumor que percibió entre el ramaje la hizo levantar la vista que tenia inclinada hácia el suelo.

Una exclamacion involuntaria de alegría se exhaló de sus labios.

Alfonso estaba allí.

El jóven se detuvo á la entrada de la plazoleta que rodeaba la fuente, y fijando sus ojos en la jóven, dijo:

—Bien haya mi estrella que ha dirigido mis pasos hácia este sitio.

—Recuerdos bien ingratos debe tener para vos,—repuso Aldonza apenas repuesta de la emocion que acababa de experimentar.

—Por el contrario, señora; bendigo cien veces aquel lance al cual debo la dicha de haberos encontrado.

—Lisonjero es vuestro labio.

—Si por lisonja tomáis lo que es hijo solamente de mi corazon, obligaréisme á callar; que no por lisonja deseo que se tomen lo que son verdades.

—Dispensadme si os ofendí—contestó Aldonza cada vez mas turbada.

—¡Ofenderme vos!—exclamó Alfonso aproximándose hácia la jóven;—no puede ofender jamás la mujer que inspira solamente respeto, cariño y...

—No prosigais. ¿Qué hice yo para merecer todo ese afecto que decís?

—¿Y me lo preguntais? ¿Quién ha sido el hada bendita que ha restañado la sangre de mi herida velándome con solícito afan y cuidándome con tanto esmero? ¡Oh! si no estuviera mi corazon y mi pensamiento tan lleno de vos, seria el mas ingrato de los hombres.

—¿Y acaso no es cumplir con un deber lo que yo hice? ¿Por qué loais tanto lo que cualquier otra hiciera en mi lugar?

—Esa modestia realza doblemente vuestra accion.

—¡Os alejais de mí!—exclamó tristemente el caballero observando que Aldonza hacia un movimiento para retirarse.—Y yo que he venido exclusivamente á buscaros.

—¿A buscarme?

—Sí, tenia necesidad de veros.

—¿Acaso no me estais viendo todo el dia?

—Es que necesito hablaros sin testigos, es que me encuentro próximo á partir y no puedo, sin llevar conmigo una esperanza.

—¡Ah! es verdad, ¡os vais!...

Y Aldonza, vencida por el recuerdo de la inmediata ausencia, dejóse caer sobre el rústico asiento que abandonara momentos antes.

Alfonso se aproximó á ella.

—Señora—la dijo;—mil veces bendeciria la herida que en este sitio recibí, si mil veces ella me proporcionara la inmensa dicha de conoceros. Mas ¡ay! tambien esa misma herida al cerrarse ha abierto otra mas profunda y mas terrible en mi corazon.

—¿Otra herida decís? No os comprendo.

—Herida que no tan fácilmente puede curarse; herida para la cual no hay medicina que vuestras manos de ángel puedan preparar.

—No os entiendo.

—Y sin embargo, vos tambien podeis curarla, vos, que habeis sido la hada que ha cicatrizado la herida de mi cabeza, podeis ser tambien la que cierre la de mi corazon.

—¿Y qué debo hacer para eso?—preguntó alentando apenas la inocente niña.

—Yo os amo, señora; vírgen de sentimientos mi corazon, sin haber sentido otras emociones que las de los campos de batalla, vuestra presencia, vuestras palabras hicieron estremecerse todo mi ser. No podia explicarme lo que sentia, mas hoy, al pensar que voy á alejarme de vos para siempre, mi alma se sentia desfallecer, y la vida que vos misma me habiais dado era una carga insoportable léjos de vos. Ahora bien; una palabra, una sola palabra que pronuncieis, puede trocar este infierno en paraiso, puede cambiar en inmensa alegría todo el horrible dolor que me devora.

—¿Qué estais diciendo?

—Que os amo, y que en cambio de todo el tesoro infinito de amor que os ofrezco, en cambio de mi gratitud eterna, de esta vida por vos salvada y que solamente á vos pertenece, no os demando mas que una sola frase, una palabra de esperanza, una palabra de consuelo.

—Pero ¿qué quereis que os diga?

—Que me amais, que el fuego que abrasa mi alma consume tambien la vuestra, que la pasion que por vos siento tiene su compañera en vuestro pecho; hablad por favor, no me desesperéis mas con vuestro silencio.

Era tan sentido, tan tierno, tan enamorado el acento del caballero, que Aldonza no pudo resistir mas.

Fijó sus bellos ojos en Alfonso, y con dulcísimo acento le contestó:

—Si vos me amais así, si el amor os inspira tales frases que enloquecen y fascinan, ¿qué podré yo hacer mas que amaros?

—¡Oh! bendita seais—exclamó el caballero cayendo de rodillas ante la jóven que ruborosa y palpitante ni fuerzas tenia para oponerse á su accion,—bendita seais porque acabais de devolver la vida al corazon que sin ella se encontraba. ¡Oh! ¿qué inefable ventura, qué placer puede existir comparado á este? Repetidme esa palabra tan llena de encantos, repetid que me amais y espiraré gustoso y sonriente de felicidad á vuestros piés.

—¡Morir! ¿Qué hablais de morir? ¿no comprendéis que vuestra muerte llevaria tras sí la mia?

—¿Tanto me amais?

—Como ese arroyo que corre á nuestros piés al rio en que va á confundir sus aguas. Vos sois el rio, grande, impetuoso, embriagador, y yo el cristalino y tímido arroyuelo á quien atraeis con vuestro espléndido y magestuoso caudal. ¡Oh! mi caballero; ¿y cómo no amaros cuando habeis aparecido en medio de las tinieblas de mi alma, inundando de luz toda mi vida? Bien podeis quererme, porque vos solamente reinais en este pecho que solo por vos se agita.

—Yo os juro amaros siempre.

—Yo os juro... pero ¿á qué jurar cuando harto sabéis cuanto os amo?

Y Aldonza quedóse contemplando al gallardo doncel, mas gallardo y mas apuesto entonces que le miraba á través del encantado prisma de su pasión.

Cuando aquella tarde regresó á su casa la inocente niña, la alegría brillaba en su semblante, á todos sonreía, con todos hablaba, y todos se felicitaban del cambio que en ella se habia verificado.

Mas ¡ay! ninguno sospechaba que aquella alegría de un momento era la precursora de un gran dolor.

Alfonso iba á partir.

El Monarca de Castilla estaba reuniendo á toda prisa su hueste para penetrar en Portugal, y allegaba junto á sí á sus mejores caballeros.

La víspera de su partida, Alfonso y Aldonza se encontraron en la fuente de la Alaminilla.

La tierna doncella estaba llorosa; el gentil mancebo triste y apesarado.

—Aldonza—decía él,—no llores, nuestra separacion no será eterna; si mi deber de caballero no me llamase á pelear bajo el estandarte de mi Rey, no me separaria de tí. Mas, sin embargo, dí una sola palabra y honra y patria todo te lo sacrificaré gustoso.

—Guárdeme el cielo de semejante idea, y no es tu labio el que tales frases debe pronunciar. Tu deber te llama y no será mi amor el que ponga obstáculos á tu marcha. Pero ¿cómo he de ver tranquila que te alejas de mi lado, que vas á arriesgar tu vida, y que no estaré yo junto á tí para librarte del golpe que te amenace?

—Benditos los labios que tales frases pronuncian. No temas; tu amor prestará nuevos bríos á mi esfuerzo, y tornaré á verte lleno de gloria que depositaré á tus piés.

—Plegue al cielo que de mí te acuerdes.

—Aldonza, tu amor llena por completo mi vida, y no se olvida fácilmente aquello con que se vive.

—Ten presente que yo he concentrado en tí mi existencia, y que dia por dia esperaré tu vuelta impaciente.

—Y yo anhelante sufriré cien tormentos léjos de tí.

—La esperanza de verte será mi único sosten.

—El deseo de volver á tu lado me hará invencible.

—¡Ay! temo tanto que te olvides.

—Ofendiéndome estás con esa duda y me destrozas el pecho al mismo tiempo. Dardo de doble punta hiere á la par mi honor y mi cariño.

—¡Oh! comprende mi dolor y ten piedad de él.

—Ven, Aldonza, y ante la solemnidad de mi juramento prométeme que desaparecerán todas tus dudas.

Y cogiendo la mano de la jóven la llevó cerca de una cruz de piedra que habia á espaldas del monasterio, y ante aquel símbolo sagrado de nuestra Religion dijo con acento solemne:

—Yo te juro, Aldonza, por esta cruz, que jamás ha de faltarte mi amor, y si perjuro fuese, haya el castigo que mi crimen merezca.

—Y yo á mi vez juro conservar entero el depósito de tu cariño, y esperar resignada, ya que no tranquila, tu vuelta.



—¿Dudas todavía de mis palabras?

—No. Tengo confianza en tí —contestó Aldonza conteniendo las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

Al día siguiente Alfonso había partido para reunirse con sus gentes.
Con su marcha desapareció la alegría de Aldonza.

Garci Perez sorprendió mas de una vez una lágrima temblorosa entre los párpados de la jóven, mas al preguntarla cuál era la causa solia contestarle ciñéndole el cuello con sus brazos :

— No hagais caso, padre y señor, siento á veces impulsos de llorar, pero se me pasan en seguida.

Y Garci Perez procuraba que su hija estuviera alegre y divertida, y Aldonza, en medio de las mayores fiestas, tenia afligido el corazon.

Cuando encontraba ocasion propicia demandaba noticias de la guerra, mas nadie la daba razon del apuesto caballero cuya suerte tanto la interesaba.

Y así pasaron muchos dias.

Al cabo de algun tiempo una funesta nueva llegó hasta la retirada vivienda de Garci Perez.

El rey D. Juan I habia perdido en la memorable batalla de Aljubarrota lo mas florido de su hueste, y si salvó la vida fue merced al noble rasgo de D. Diego Hurtado de Mendoza, su mayordomo.

Aldonza creyó morir de pena al saber tal noticia.

Su corazon se oprimió mas dolorosamente, y sus mejillas palidieron con mas intensidad.

Y en vano Garci Perez se esforzaba en adivinar la causa de su quebranto.

La pobre niña encontró varias veces ocasion de preguntar á varios caballeros si sabian qué habia sido de su amante, mas ninguno supo contestarla.

Y nuevos dias pasaron, y nuevas no llegaban de Alfonso Hurtado de Mendoza.

Todas las tardes iba á la fuente donde por primera vez le viera, y arrodillada ante aquella cruz que habia recibido su postrer juramento, pedia al cielo las noticias que en vano esperaba sobre la tierra.

Un dia llegó á la casa de Garci Perez un alférez seguido de varios hombres de armas del Sr. de Hita y Buitrago.

El labriego les recibió alegremente, y despues de darles de refrescar, preguntó:

— ¿Y de dónde bueno, señor alférez?

— De Portugal. Allí hemos pasado muchos meses prisioneros.

— ¿Y dónde tuvisteis tan mala suerte?

— En Aljubarrota — repuso el alférez.

— ¿Con que os hallasteis allí?

— Sí tal, y ¡ voto á mi nombre! que valiera mas que jamás hubiese ido.

— Buena rota sufrió la hueste castellana.

— Pluguiera al cielo que el señor Rey escuchara los consejos de sus viejos soldados y no se dejara seducir por las alharacas y fanfarronadas de los mancebos.

— Contad, contad — dijo el anciano deseando escuchar algun detalle de la memorable jornada.

¡ Rayos y truenos! ¿ que queréis que os cuente, cuando yo quisiera poderla borrar de mi memoria?

Razon habeis, señor,—dijo Aldonza, que estaba muriéndose de deseos por preguntar al alferez noticias de su amante, guárdese en buen hora recuerdo de las victorias, no de las batallas perdidas.

—Cuerdamente habló la rapaza,—repuso el alferez. La batalla de Aljubarrota es de aquellas que debian borrarse de la memoria.

—Segun oí contar murieron en ella muchos nobles caballeros.

—Y soldados y hombres de armas, que como son gente menuda no siempre se habla de ellos.

—Decidme, padre y señor; ¿no fué á esa guerra nuestro huésped, el noble caballero D. Alfonso Hurtado de Mendoza?

—Sí, tal,—contestó el alferez— víle allí y por cierto que portóse como bueno. Brava lanza y buena espada, por mi vida.

—¿Con que es valiente?

—Y apuesto y gentil como el primero.

—¿Y que suerte hubo en el combate?—preguntó Aldonza alentando apenas.

—Cuando su buen tio entróse á morir lidiando, despues de haber dado su caballo al señor Rey, siguióle D. Alfonso, cerrando con los portugueses de tal guisa que llevólos ante sí gran trecho al empuje de su lanza.

—¡Valiente campeón!—exclamó Garci Perez, mientras Aldonza enjugaba una lágrima que brilló en sus ojos.

—Mas de repente cargó sobre él gran muchedumbre de enemigos y cayó envuelto entre ellos.

—¿Herido?

—Ligeramente. Entonces él y nosotros, porque yo tambien me hallaba en lo mas recio de la pelea, quedámos prisioneros.

—¿Y D. Alfonso?

—¡Oh! Por mi nombre, que tuvo suerte el caballero.

—¿Pues que le aconteció?—preguntó Garci Perez.

—Prendóse de él una noble dama portuguesa sobrina del mismo Maestre de Avis, y ya podeis imaginar que su prision no seria como la nuestra.

—Mas él no la corresponderia,—exclamó Aldonza sin poderse contener.

—Mal año en él si tal hiciera, que era la dama, aunque portuguesa, muy garrida y hermosa y á mas amábale muy de veras.

—¿Y correspondióla D. Alfonso?

—Y consertáronse las bodas, y ha dos meses que yo mismo ví como les echaban las bendiciones.

—¡Imposible!—gritó con esfuerzo Aldonza.

—Rapaza, el alferez Marco Ordoñez no miente nunca.

—¡Virgen de la Piedad! exclamó Aldonza.

Y sin poder resistir el duro golpe que recibiera, cayó al suelo desvanecida.

—¡Desventurado de mí!—exclamó Garci Perez, precipitándose sobre su hija,—que hasta ahora no sospeché nada.

—¡Voto á cien rayos!—murmuró el alférez,—¿por qué no puse coto á mi lengua?

El golpe que Aldonza recibiera fue terrible.

Hasta entonces la habia sostenido la esperanza.

Mas la revelacion del alférez destruyóla por completo, y la vida se alejaba de aquel cuerpo, que solamente la esperanza sostenia.

La pobre niña languidecia de una manera notable.

Una tarde reveló á su padre cuanto mediara entre Alfonso y ella.

El honrado Garcé Perez habia creído su honra mancillada; cuando supo la verdad, poniendo las manos sobre la cabeza de su hija, murmuró:

—Bendígate el cielo hija mia, como tú padre te bendice; ángel has sido sobre la tierra y ángel volverás al cielo si Dios es servido de llamarte á su lado.

Aldonza se encerró completamente en su casa.

Si acaso salia, era para visitar aquella fuente, mudo testigo de sus primeras impresiones, y para arrodillarse ante aquella cruz donde Alfonso prestara el juramento que tan villanamente quebrantó.

Mas ni una sola frase de venganza brotaba de sus labios.

Arrodillada ante aquel sagrado símbolo de la Religion, pedia á Dios que no tuviese jamás en cuenta el perjurio de su amante y que derramase sobre el todo género de felicidades.

Muy pronto Aldonza ni aun tuvo este triste consuelo.

Cada dia mas débil, cada dia mas enferma, llegó el momento en que no pudo salir de su estancia.

Entonces se hizo conducir cerca de la ventana de su aposento, desde la cual se veia aquella fuente llena de recuerdos.

Garcé Perez habia perdido su alegría.

Toda ella estaba cifrada en su hija, y conforme esta iba languideciendo aquella se apagaba tambien.

—Padre—deciale algunas veces Aldonza,—¿sabeis si es feliz?

—¿Quién? hija mia,—preguntaba el desdichado anciano.

—¿Quién quereis que sea?—Alfonso.

—¿Todavía le amas?

—Siempre. Juré amarle eternamente, y moriré cumpliendo con mi juramento.

—No me hables de él, Aldonza; ¿qué me importa su felicidad, si me ha robado la mia?

—No le queráis mal, padre mio, perdonadle como yo le perdono.

Y una lágrima brillaba en los ojos de la casta niña, lágrima que muy pronto iba á reunirse con el raudal que brotaba de los ojos de su padre.

Un dia Aldonza no pudo ni aun llegar á la ventana.

¡Cuánto sufrió aquel dia!

La vida iba extinguiéndose poco á poco en aquel cuerpo donde no quedaba ninguna esperanza de ventura sobre la tierra.

Precisamente la tarde en que hacia tres años que trocó sus juramentos con el ingrato que la olvidara, espiró entre los brazos de su padre y las lágrimas de sus parientes y deudos.

Sus últimas palabras fueron una súplica y un encargo.

— ¡Suplicarme tú! Habla hija mia, dime que puede hacer tu padre por tí.

— Perdonarle.

— ¡Perdonarle yo! cuando ha muerto mi ventura, ¡oh!... nunca...

— No digais eso, ¿no veis cuánto sufro?

— Mas..

— Prometedme que le perdonaréis; os lo suplico.

— Bien hija mia. Pluguiera al cielo que nunca le hubieses conocido.

— Le perdonais, ¿no es cierto?

— Si eso puede endulzar tus últimos momentos, sí, le perdono.

Y el pobre anciano articuló estas palabras, como si le abrasasen los labios al pronunciarlas.

— Gracias, padre y señor; ya puedo morir tranquila.

— ¿Y nada mas tienes que decirme?

— Sí; que hagais porque llegue á su noticia que he muerto amándole, que ni un solo instante he olvidado mis juramentos, y que en todas mis oraciones he pedido á Dios perdonase su perjurio.

— ¡Ángel de mi vida! — exclamó Garcí Perez, estrechando con delirio á su hija entre sus brazos.

Pasaron algunos años.

El caserío que habitaba Garcí Perez habia perdido toda su animacion, toda su alegría.

El desdichado anciano apenas salia de su casa.

De repente esparcióse la voz por aquellos contornos que el rey D. Juan I iba á celebrar Cortes en Guadalajara.

El padre de Aldonza llegó á saberlo y preguntó por Alfonso.

El noble caballero acompañaba al Monarca.

Un dia D. Alfonso Hurtado de Mendoza recibió un recado de un labrador que queria hablarle.

Poco despues Garcí Perez estaba en su presencia.

El tiempo transcurrido y los pesares habian alterado de tal modo su semblante que el caballero no pudo reconocerle.

— ¿Qué queréis? — le preguntó.

— Traeros un mensaje de parte de una muerta.

— ¿Qué decís? — preguntó el caballero estremeciéndose.

— Aldonza ha muerto al saber que os habiais casado, y su último pensamiento ha sido para vos.

— ¡Aldonza! — exclamó Alfonso, — como si una luz repentina iluminase su pensamiento.

— Sí, señor; Aldonza cuya fe habeis burlado villanamente.

—¿Qué decís?

—La verdad, y tened en cuenta que tengo derecho para hablaros así, reconocedme y ved si el padre de Aldonza no tiene derecho para insultar al asesino de su hija.

—¡Garci Perez!

—Garci Perez, que no puede vengarse de vos que le habeis arrebatado su ventura, porque ata su mano la súplica de un ángel. Ahora ya he cumplido su última voluntad. Sed feliz si podeis serlo llevando con vos el remordimiento de un perjurio.

Alfonso no pudo contestar nada.

La impresion que recibió fue demasiado violenta. Habia olvidado por completo á Aldonza, y al saber de repente su muerte se agolpó á su pensamiento la horrible ingratitud que cometiera.

Y desde aquel instante ya no se apartó de su imaginacion aquel punzante recuerdo.

Ni un detalle, ni una frase se escapó á su memoria, y el remordimiento laceraba su corazon.

Preso de una inquietud perenne y de una agitacion que nada bastaba á calmar, cabalgó una tarde sobre su corcel y maquinalmente se dirigió hácia la fuente.

Al encontrarse repentinamente en aquel sitio, todos los recuerdos, todas las emociones de otro tiempo acudieron en tropel á su imaginacion.

—Aquí la ví por vez primera,—murmuró abandonando las bridas de su palafren. Aquí su dulcísimo acento resonó dentro de mi pecho haciéndome volver á la vida. ¡Cuán ingrato he sido!... Sobre ese mismo asiento cambiamos nuestras primeras frases de amor; allí está la senda que conduce á su casa, donde tanto bien me hicieron y de donde arrebaté la ventura. ¡Oh! soy un miserable, solo he sabido devolver mal por bien!...

Y el caballero abismado mas cada vez en sus meditaciones inclinó la cabeza sobre el pecho.

Largo rato permaneció así, hasta que alzando de repente la vista fueron á tropezar sus miradas con la cruz de piedra, acusador testigo de su felonía.

—¡Dios mio!—exclamó,—tú que escuchaste mi juramento, ¿cómo podrás perdonar al que tan villanamente te ha ultrajado? ¡Pobre Aldonza! al pié de esa cruz yo te ofrecí guardar tu fe y conservar puro é inmaculado el tesoro de tu cariño, y ¡ay, mísero de mi! arrojé aquel tesoro por el suelo y olvidéme de tí. Ángel de paz, tú me devolviste la vida y yo en cambio te he dado la muerte.

En este momento percibióse un fuerte rumor entre la maleza é inmediatamente un perro de una corpulencia extraordinaria apareció en medio de la plazoleta.

Sorprendido por tan brusca aparicion el caballo que montaba Alfonso, lanzó un reincho de espanto.

El caballero no se apercibió de lo que ocurría hasta que percibió el movimiento de su corcel.

Fijó sus miradas al rededor, detúvolas en el perro y exclamó:

—El mismo que llevaba Aldonza la tarde que me salvó la vida.

Y olvidándose del terror de su caballo que cada vez iba en aumento llamó al perro gritando:

—Leal, Leal, ¿no me conoces?

El perro que se había detenido mirando con desconfianza al caballero, al escuchar su voz, reconociendo tal vez, con ese poderoso instinto propio de su raza, á su antiguo amigo, se lanzó hácia él.

En mal hora lo hizo. El caballo hizo un brusco movimiento, y dando un tremendo bote arrojó al descuidado giniete contra las piedras de la fuente.

El golpe fue tremendo.

Alfonso no llevaba casco que pudiera resguardarle, y su cabeza fue á chocar con aquellas mismas piedras que años antes le produjeran la peligrosa herida.

La violencia del golpe fue tal que le hizo perder el sentido.

La sangre corrió con abundancia, y el perro lanzó los mismos ahullidos que años antes atrajeran á Aldonza.

Mas ¡ay! la pobre niña no podía ahora volar en su socorro.

El perro continuaba ahullando lastimeramente, mientras la sangre brotaba de la ancha herida del caballero.



Por fin, al cabo de un rato el perro lanzó un gruñido de alegría, apareciendo al poco tiempo un hombre en el claro de la fuente.

Este hombre era Garci Perez.

El padre, como la hija en otra ocasion, corrió apresuradamente á socorrer al herido.

Mas al fijar sus miradas en el rostro de este exclamó con una expresion indefinible.

— ¡Justicia de Dios! Es D. Alfonso.

Y cogiendo agua de la fuente roció con ella el rostro del caballero y lavó su herida, diciendo al reconocerla :

— ¡Oh! de esta no salvará. La Providencia le ha conducido á expiar su crimen en el mismo sitio donde cometió la falta.

Precisamente en estos momentos abrió sus ojos el herido.

Fijólos en Garci Perez, y al reconocerle murmuró:

— ¡ Su padre!...

— Sí, señor; su padre que acude en vuestro auxilio como en otro tiempo lo hiciera su hija.

— Pero inútilmente— contestó el caballero con acento que se debilitaba por instantes,— hoy no hay salvacion para mí, ha llegado mi última hora, y solo pido á Dios que me perdone, así como tambien á vos os demando esa última gracia.

— Tiempo há que os perdoné— contestó Garci Perez visiblemente afectado.

— Gracias, ¡cuán noble y generoso habeis sido, y cuán ingrato y miserable fui yo!...

— Tranquilizaos, señor,— repuso Garci Perez, que comprendia lo que D. Alfonso estaba sufriendo.

— No temais, cortos son ya los instantes de mi vida. El cielo ha querido castigarme donde cometí la falta... cúmplase su voluntad... No creais que me aterra la muerte... En el estado... en que me encuentro, la muerte... es el único medio... de unirme... con... aquella á quien olvidé... en la vida...

Y todavía siguió D. Alfonso hablando durante algunos segundos, frases que apenas se percibian.

Garci Perez no podia prestarle socorro alguno.

La herida era mortal, y cualquier movimiento solo conseguiria acelerar su muerte.

El labriego estaba arrodillado junto á él sosteniendo ligeramente su cabeza.

El perro fijaba su inteligente mirada en ambos, como si quisiera adivinar lo que hablaban.

Eran las últimas horas de la tarde.

Entre los árboles se distinguian los brazos de la cruz de piedra, y á lo léjos se percibian los cánticos religiosos del vecino convento de San Bernardo.

De pronto enderezóse violentamente el caballero.

Buscó con extraviada mirada la cruz, y cayó de nuevo pesadamente, murmurando:

— ¡ Aldonza!... Dios mio!... Perdon.

— El señor te haya recibido en su seno, — dijo con voz conmovida Garci Perez.

Y depositando el cadáver en tierra, púsose á rezar al lado del que fué D. Alfonso Hurtado de Mendoza.

Tal es la historia que María Antonia refirió con voz conmovida á Castro, y que este escuchó con profunda atencion.

XII.

Regreso á Guadalajara.— Viaje á Sacedon.

Apenas terminó María Antonia su relato, preguntóla nuestro amigo :

—¿Y por qué decía V. que entre esa historia y nuestra situacion mediaba una grande analogía?

—¿Acaso no ha sido puramente casual nuestro encuentro? ¿Acaso no va V. á ausentarse tambien? ¿Su posicion en el mundo no es completamente distinta de la mia? ¿Qué de particular tendria que como la pobre Aldonza, no llorase yo tambien las consecuencias de su olvido?

—Nunca; ya la he dicho repetidas veces que conforme yo me alejaré confiado en su amor, debe V. quedarlo tambien confiada en el mio.

—Yo no le faltaré; mas ¡ay! siempre tendré la duda de si volverá V. por aquí.

—Se lo juro.

—Quiéralo Dios, porque si otra cosa sucediera, no sé que seria de mí.

Iba á contestar Castro, cuando la aparicion de Pascual, D. Cleto y los demás viajeros, que tiempo hacia los habian visto y paseaban por las inmediaciones, lo impidió.

Generalizóse la conversacion y pronto regresaron hácia la casa, donde D.^a Robustiana dijo al verles :

—Con que vamos, ¿han paseado Vds. ya bastante? Qué les han parecido nuestros campos? *verdá* que esto es una bendicion de Dios?

—Sí, señora; pero todavía podian utilizarse mucho mas todas las ventajas que tiene este terreno. De esas aguas podia haberse sacado mas partido, puesto que la industria y la agricultura tienen tan poderoso agente en ellas.

—Toma, *paa* nosotros ya dan bastante de sí.

—Ese es precisamente el error. En sociedad tenemos todos el deber de marchar hácia adelante sin detenernos jamás, porque la humanidad tiene una senda trazada por el progreso y que conduce al mayor perfeccionamiento posible de la especie humana. En este camino que debemos recorrer y que recorreremos, es preciso que la ciencia que cada dia adelanta tambien, saque todo el partido imaginable de los recursos que la previsora naturaleza ha acumulado por doquier sin fijarse en si con lo actual hay suficiente. Esas aguas que hoy producen como diez, beneficiadas y utilizadas mas convenientemente, producirian ciento; y cuanta mayor sea la produccion y el beneficio que se obtenga, mayores tambien las ventajas que reportará la masa social.

—Baa, como que una no sabe *nda*, como que esas cosas uno no *pue* hacerlas por sí sola, ¿que *quie* V. que le hagamos? Uno que se metió á Redentor lo crucificaron, con que ¿qué sucederá con los demás?

—Tambien tiene V. razon—repuso Azara,— esa clase de iniciativas deben partir de los Gobiernos, pues en general los particulares son apáticos ó ignorantes.

—Sí, sí; fíate en la Virgen y no corras, que *ice* el refran. El Gobierno solo sabe aumentar las contribuciones, y *naa* mas; y si uno se *descuidia*, entre recargos y otras cosas al momento le sube á V. la *groma* una barbaridad.

Y lamentándose de este modo continuaron hablando largó rato.

Aquella noche quedó decidido que, puesto que ya no habia nada que ver por allí y á nuestros amigos no les convenia perder tiempo, al dia siguiente regresarian á Guadajara, para dirigirse desde allí á Sacedon, donde se detendrian un dia partiendo para los famosos baños de la Isabela.

Con arreglo á este programa, y dejando el ocuparse de las minas para cuando regresaran de la Isabela, al inmediato dia marcharon á la capital, saliendo poco despues para Sacedon, cabeza de partido y villa bastante importante.

D. Cleto, que como sabemos, habíase ofrecido á acompañarles, les condujo á casa de un amigo, y despues de algunos momentos de reposo salieron á recorrer la poblacion.

Esta se encuentra situada al extremo S. S. E. de la provincia, confinando con el partido de Cifuentes; por la parte N. con Priego, que pertenece ya á la provincia de Cuenca; por el E. con Huete, por el S. y por el O. con Pastrana.

Su extension de N. á S. es de cuatro leguas, y siete de E. á O., disfrutando de un clima bastante sano.

El terreno es quebrado y montuoso en su mayor parte, rodeándola por el N. varias cordilleras y por el E. las sierras de Molina y Cuenca.

Los viñedos y los olivares esmaltan sus vertientes, y por la parte de Peralveche y Castilforte abundan en gran manera los pinares y carrascas. Entre aquellas montañas hay una verdaderamente imponente presentando una de las mas admirables perspectivas que se pueden imaginar.

Conócese su paso generalmente con la denominacion de *Puerta del infierno*. Abierto á pico y barreno durante un largo trayecto, siguese el curso del Tajo que corre por uno de los lados á una profundidad enorme, mientras que por el otro se eleva la sierra á una altura sorprendente, viéndose los robustos peñascos de un modo que parece van á desprenderse sobre el atrevido viajero.

Toda esta sierra está poblada de monte de mata baja, con riquísimos y abundantes pastos para el ganado tanto lanar como cabrío y vacuno, gran cantidad de plantas medicinales y arbustos entre los que descuellan el enebro, la sabina, el tamarindo, el palo santo, la juncia y otros.

Las encantadoras perspectivas abundan en estas sierras que se encuentran salpicadas, por decirlo así, por amenos valles, y feraces vegas donde abundan los cereales, las legumbres y las frutas.

Los rios que cruzan el territorio son el Guadiela y el Tajo, además de varios grandes arroyos que conducen sus aguas hasta aquellos. Además hay una porcion de fuentes bien de agua dulce, bien salinas, y las famosas aguas de la Isabela, aun cuando de esta misma clase hay otros dos manantiales en Sacedon y Corcoles, que se encuentran abandonados y de los que suelen hacer uso los pobres cuya escasez de recursos no les permite sufragar los gastos que ocasiona su estancia en el Real sitio.

Las producciones del partido son vino, aceite, trigo, legumbres, cáñamo, miel y cera en grandes cantidades, toda clase de hortalizas, algunas frutas, leña tanto para combustible cuanto para carboneo, y abundantes pastos con los cuales cria el famoso ganado que constituye otra de las riquezas del país.

En las sierras abunda la caza, mientras que en los rios se crían muy sabrosos barbos, truchas, anguilas, y toda clase de pescados propios de estas aguas.

De las producciones del país se exporta en gran cantidad el aceite, el vino, la miel, la cera y alguna lana, mientras que la importación es de ganado de cerda, arroz, alguna legumbre, géneros ultramarinos y sopas.

Adviértese en este partido lo mismo que en casi toda la provincia, y es la falta de aplicación que se ha dado á los poderosos elementos que en sí encierra, y por esta razón la industria se encuentra tan descuidada. Hay algunos molinos harineros y almazaras, en Recuento fábricas de vidrios planos y huecos, algunos telares de lienzos ordinarios, fábricas de tejas y ladrillos, y en resumen, pues, poco para lo mucho que pudiera haber.

En Sacedon se celebra una feria bastante concurrida, y tanto en este punto como en Alcocer, hay mercado semanal reducido á los productos del país y algunos géneros de importación.

El terreno sobre que está edificada la cabeza del partido es bastante desigual y pendiente, disfrutando de un clima benigno generalmente. La población es agradable, constituyéndola próximamente unas cuatrocientas cincuenta á quinientas casas; la del Ayuntamiento, en que está la cárcel de partido, es bastante regular. Hay una escuela de instrucción primaria, y una iglesia parroquial de primer ascenso bajo la advocación de la Asunción de Nuestra Señora, servida por un Cura y un beneficiado.

Para el surtido del vecindario hay dos fuentes públicas, una de las cuales sirve por lo común de abrevadero para los ganados, pues es de agua salobre, aparte de algunas que suele haber en las casas de los vecinos más acomodados.

La población se eleva á la cifra de mil trescientas almas próximamente.

Nuestros amigos pudieron recorrer sus pintorescos alrededores merced á las relaciones de D. Cleto, y dos días después se dirigían hacia los baños de la Isabela.

XIII.

Real sitio de la Isabela.— Habitaciones.— Jardines.

—Por supuesto,—decía D. Cleto á nuestros amigos,—que ahora van Vds. á encontrar esto sin la animación que le prestan los bañistas.

—Como nuestro objeto no es más que el de ver la disposición que tienen, su posición y la calidad de las aguas, la afluencia de bañistas es solo un accesorio que ya nos imaginamos.

—Para verlo con más comodidad es mejor ahora.

—¿Y hay alguna fonda aquí?

—Sí, señor; pero esta, lo mismo que todo el sitio, no tiene animacion mas que en su temporada.

—¿De modo, que dónde vamos á ir á pasar?

—Á una posada donde nos tratarán muy bien.

—Corriente. V. lleva la direccion, y á su poder nos entregamos.

El Real sitio de la Isabela se encuentra en el centro de la Alcarria, en un pequeño y encantador valle situado á la márgen derecha del rio Guadiela.

El terreno, como fácilmente puede comprenderse, es montuoso, y á excepcion de los jardines, una parte de la huerta y algunas cien fanegas de la vega, regadas por el Guadiela, todo es de secano.

El monte es de mata baja y hay algunos chaparros y encinas, pero lo que mas abundan son los romeros, tomillos, aliagas, y multitud de plantas así aromáticas como medicinales.

La produccion es de trigo, cebada, centeno, almortas y garbanzos, algun vino, mucha y muy rica almendra, frutas, hortalizas y cáñamo, criándose bastante ganado lanar y cabrío.

Inútil es decir que, siendo terreno montuoso ha de haber abundancia de caza. Las perdices, las liebres, los conejos y las palomas tienen su albergue en aquellas lomas, así como en el Guadiela se crían barbos, bogas, anguilas y truchas muy exquisitas.

La industria y el comercio son nulos, pues la exportacion se reduce al sobrante de las producciones del país, y la importacion muy escasa por lo reducido de los consumidores.

La poblacion, propiamente dicha, se compone de un corto número de calles tiradas á cordel, entre las que hay dos bonitas plazas, que son la Mayor y la de la Constitucion.

Veinte y seis manzanas de casas, todas de un piso, constituyen aquellas calles, descollando entre los edificios el palacio de los reyes, que es de mas elevacion.

Mide ochenta y nueve pasos de longitud y cincuenta y siete de latitud, teniendo en la fachada principal que da á la calle de San Fernando trece balcones, de los que el del centro ocupa toda la extension de la puerta y doce ventanas.

En los costados tiene nueve balcones por cada parte con otras tantas ventanas, y en los ángulos de la fachada principal, hay dos torreones rebajados, con un hueco en los frontis de la parte exterior.

El material empleado en la construccion es piedra y ladrillo, siendo su arquitectura sencilla, pero elegante y fuerte.

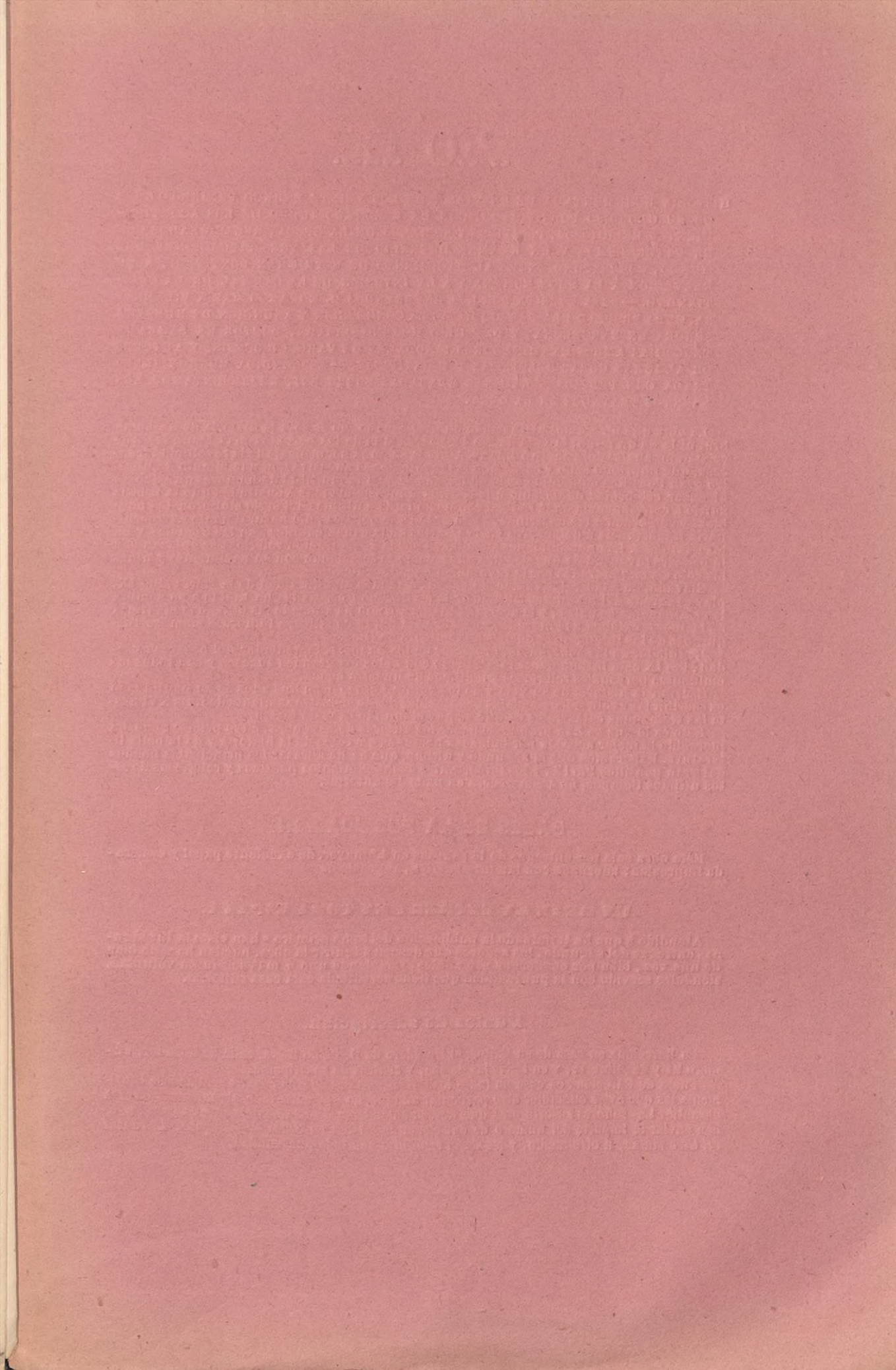
—¿Y para qué sirve este edificio?—preguntó Castro á su complaciente cicerone.

—Para que lo habiten las personas Reales cuando vengán al Real sitio.

—¿Han venido algunas desde la época de su construccion?

—Ninguna.

—Pues hé ahí un edificio completamente inútil y que podria muy bien utilizarse ó para un establecimiento industrial, ó para cualquier otro objeto mas beneficioso para el país.



PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO, CON UN RAZONADO JUICIO DE LOS ACONTECIMIENTOS RELIGIOSOS, POLÍTICOS Y SOCIALES DE LA ÉPOCA, RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO, Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO, CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION Á LA SEDE ROMANA Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANIDAD.—OBRA ESCRITA POR LOS REVERENDOS D. EDUARDO MARÍA VILARRASA, CURA PROPIO DE LA PARROQUIA DE LA CONCEPCION Y ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA EN BARCELONA, Y D. EMILIO MORENO CEBADA, DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA: AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.—ESPLÉNDIDA EDICION ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE BOJ, REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.

La obra que ofrecemos al ilustrado publico español no es solo la historia de un hombre, ni la de un reino; la vida de Pio IX abarca uno de los periodos mas fecundos que relatan los anales del género humano. Agitada su cuna por el oleaje de la revolucion francesa, que imprimió sello y carácter á las revoluciones sucesivas, el nacimiento de nuestro gran Pontífice coincidió con la eflorescencia de una multitud de hombres que debian alcanzar celebridad deplorable unos, otros honrosísima; las vicisitudes que la Iglesia sufrió á consecuencia de la radical conmocion que á últimos del siglo sintieron los pueblos, ya en orden á las doctrinas, ya en orden á la politica, dió naturalmente extraordinaria importancia á defensores y adversarios de la causa católica, en las escuelas y en los gabinetes. Las notabilidades suscitadas por la restauracion religiosa se enlazan con la primera juventud de nuestro Pontífice, como se relacionan con su nacimiento y niñez los colosos engendrados por la revolucion enciclopédica.

Elevado, en edad relativamente juvenil, á la mas alta dignidad de la tierra, Pio IX, clave sagrada del magnifico edificio de la civilizacion cristiana, ha tenido á su sombra las eminencias sociales, y la acertada manera como ha aplicado las altísimas máximas de la moral católica á la marcha de la sociedad fiel le constituye lumbrera siempre fulgurante de los inteligentes dóciles á la palabra de Dios.

Regulador de las soberanias, protector de los pueblos, fomentador del progreso verdad, Pio IX está intimamente relacionado con todos los grandes sucesos y con todos los eminentes personajes religiosos y políticos de nuestra época.

Escribir la historia de su vida y de los veinte y cinco primeros años de su pontificado es escribir las evoluciones sociales acontecidas desde el destronamiento de Luis XVI hasta las tremendas catástrofes de que es hoy el mundo funesto teatro.

Esto es lo que se han propuesto hacer los autores de esta obra, cuyo primer tomo ha merecido la mejor acogida por todas las personas amantes de la historia y de la bella literatura. Esperamos que el segundo y último, que ha de abrazar los principales hechos del gran pontífice Pio IX, y los importantes acontecimientos políticos y religiosos de estos últimos tiempos, no desmerecerá en nada del anterior.

BASES DE LA PUBLICACION.

Esta obra sale por entregas de 16 páginas en 4.º mayor, de excelente papel y esmerada impresion; adornada con láminas sueltas, al precio de

UN REAL LA ENTREGA EN TODA ESPAÑA.

Atendido á que ha terminado la publicacion del tomo primero y han visto la luz algunas entregas del segundo, los señores que deseen adquirir la obra, pueden hacerlo bien de una vez, bien por cuadernos semanales, recibiendo uno ó mas segun su voluntad, siéndoles servido con la puntualidad que tiene acreditada esta casa editorial.

Puntos de suscripcion.

En Barcelona en casa de su Editor, el Heredero de D. Pablo Riera, calle de Robador, número 24 y 26, librería, y en todas las demás, y centros de suscripcion.

Fuera de Barcelona en casa de todos los Corresponsales de esta casa, atendiéndose igualmente las que avise cualquier otro particular aunque no sea corresponsal, mientras ofrezca garantía. Los señores suscriptores que deseen entenderse directamente con esta casa, pueden enviar el importe del número de entregas que gusten en *Sellos de franqueo*, *Libranzas del Giro mútuo*, ú otro medio, y les serán remitidas con toda puntualidad.